

Regionalismo simbólico y convivialidad literaria

Una propuesta

Friedhelm Schmidt-Welle

■ Doi: 10.54871/mc24es1d

Introducción: medialidad, convivialidad, heterogeneidad

En los últimos veinte años presenciamos la reivindicación del término *convivialidad*. Su renacimiento se realiza en el contexto de la crítica del cambio climático como amenaza del llamado *Antropoceno*, como reacción contra la globalización del capitalismo neoliberal, y como búsqueda de alternativas al consumismo extremadamente exagerado que pone en el centro de atención las formas y maneras de vivir según reglas y organización social no occidentales como, por ejemplo, el Buen Vivir. Las políticas de diversidad refuerzan esas tendencias, al menos en parte. El interés en todos esos aspectos renace gracias a los análisis que encargó el Club of Rome en las décadas de 1960 y 1970. En esos trabajos ya se había anticipado el cambio climático, el cual solo décadas después logró instalarse en la opinión pública (Meadows et al., 2004).

En ese contexto, proyectos como el de Mecila¹ nos confrontan con la necesidad de definir o redefinir varias nociones o categorías, entre

¹ Véase <https://mecila.net/en/homepage>

ellas, la de la convivialidad. Sin embargo, hasta ahora en el campo de la literatura no hemos encontrado una solución adecuada que se distinga de las de las ciencias sociales, a las que normalmente se adjudican los fenómenos de la convivialidad y su análisis. Aunque recientemente haya intentos fructíferos como los de Ottmar Ette (2004) –quien considera el rol de la literatura para la convivialidad– y Sérgio Costa (2019) –quien nos ofrece una visión general de la historia de ese concepto y su relación con la desigualdad–, hasta hoy no existe una visión clara y sistemática de la convivialidad. Quizá llegados a ese punto debemos aclarar una vez más que existe una diferencia fundamental con las ciencias sociales que no se puede negar ni cambiar: el hecho de que la literatura en sí es un medio.

Si seguimos a Marshall McLuhan (1967), incluso podríamos ir más allá y afirmar que “*the medium is the massage*” (*sic!*). Por eso, cuando nosotros hablamos de la medialidad, hablamos del discurso sobre la medialidad o el medio y no de un proceso intermedial –que también existe, pero en otro nivel. Lo importante es la aceptación de las diferencias entre medialidad/intermedialidad como forma del discurso y como representación en las humanidades, y como agencia e institucionalización en las ciencias sociales.

Una vez establecida esa distinción entre el empleo de la noción de medialidad en las ciencias sociales y las humanidades voy a tratar de relacionar la medialidad con la convivialidad.

La convivialidad literaria

En principio, voy a discutir tres aspectos o formas de lo que llamaré la *convivialidad literaria*. Estos aspectos son

1. La convivialidad de los/as escritores/as;
2. La convivialidad *de* la(s) literatura(s); y,
3. La convivialidad *en* la literatura.

Por supuesto, esas tres características no están aisladas, sino que se interrelacionan en la realización del proceso literario. Se trata, entonces, más de dimensiones de ese proceso que de aspectos teóricos. Voy a discutir cada una de esas dimensiones para explicar de qué se trata. El análisis se efectuará a partir de algunos ejemplos de la literatura indigenista y neoindigenista que forman parte del regionalismo latinoamericano.

La convivialidad de los/as escritores/as es quizá el aspecto que de inmediato se relaciona con los objetivos de Mecila. Abarca, más allá de la convivialidad del individuo, no necesariamente literaria, las relaciones entre individuos y grupos de escritores/as, sus contactos con otros intelectuales o agentes, y la presencia en eventos literarios como festivales, ferias de libros, etc. Uno de los ejemplos más significativos es la actitud en salones literarios; otro, el intercambio de cartas siempre que estas se remitan a éticas, poéticas u otros aspectos estrictamente literarios.

También se incluye el análisis de redes, que forma una parte importante de las investigaciones en las Humanidades Digitales en la actualidad. En caso de que se trate de un/a escritor/a que represente la *littérature engagée* y que se constituya como una figura pública, se tendrían que considerar las características más importantes de la historia intelectual y las posiciones ideológicas de esos letrados y sus contrapartes o seguidores en el espacio público.

En otras palabras, la convivialidad de los/as escritores/as abarca sus relaciones con la literatura como institución y sus intervenciones en el espacio público.

Con la convivialidad de la literatura me refiero a una especie de vida propia de los sistemas literarios, es decir, las instituciones tienen una historia y unas tradiciones que se superponen a las prácticas simbólicas concretas de la literatura como producción y recepción. Se superponen y arreglan el funcionamiento de los elementos del proceso literario y, en algunos casos, fortalecen no solamente los propios arreglos institucionales, sino también un intercambio

de estéticas, tradiciones y traducciones que entran en escenas de contacto.²

Existen pocos trabajos que muestran cómo funciona esa convivialidad de los sistemas literarios. Uno de ellos es *El amor como pasión* (*Liebe als Passion. Zur Codierung von Intimität*), de Niklas Luhmann (1994), uno de los representantes más importantes de la teoría del sistema. Este autor muestra que, hacia fines del siglo XVIII, el amor se inicia como lenguaje literario, con una serie de códigos que no tienen mucho que ver con la imagen romántica que percibimos hoy con respecto al lenguaje amoroso de las novelas.

Por otra parte, la Sociología de la Literatura también interviene en los debates sobre sistemas, pero sin contextualizarlos o aclarar la relación entre sistema e institución. El problema de gran parte de esa rama de la filología radica en una banalización de la literatura y un positivismo anticuado. Con razón se ha criticado la falta de consideración de la dimensión estética y se ha señalado la necesidad de basar el análisis en el texto mismo y no en datos exteriores.

Ahora bien, ¿de qué sistemas literarios estamos hablando concretamente? ¿Existen sistemas específicamente latinoamericanos o de sociedades poscoloniales? Para descubrir eso, tengo que recurrir a la teoría literaria del crítico peruano Antonio Cornejo Polar, quien se ocupó de las zonas o escenas de contacto y las tensiones entre diferentes sistemas literarios y su influencia sobre los procesos literarios en un contexto poscolonial.

En el contexto de Mecila, su acercamiento a la sociología de la literatura me parece fructífero porque relaciona (aunque sea, no más, implícitamente) la filología con la teoría del sistema.

Cornejo Polar se inserta en los debates sobre la cultura nacional en las décadas de 1960 y 1970, los cuales son tanto una reacción a la Revolución Cubana como a los movimientos de independencia

² Cf. con el artículo de Jörg Dünne en el presente volumen en el que se hace una reescritura de la noción de Mary Louise Pratt (2007), la cual reemplaza la idea de “zonas de contacto” por la de “escenas de contacto”.

nacional en África y Asia en ese momento. Pero, más que ese contexto, lo que influye a Cornejo es el pensamiento de José Carlos Mariátegui, de quien toma como base sus hipótesis sobre la literatura, o más bien la literatura peruana, y sobre la cultura nacional.

En sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1989), Mariátegui había sostenido la hipótesis del dualismo lingüístico y cultural del Perú, resultado del conflicto de *la langue durée* nacido con la conquista. Sobre ello expresa: “El dualismo quechua-español del Perú, no resuelto aún, hace de la literatura nacional un caso de excepción que no es posible estudiar con el método válido para las literaturas orgánicamente nacionales, nacidas y crecidas sin la intervención de una conquista” (Mariátegui, 1989, p. 236).

El hecho de que el amauta no postule ese mismo dualismo para la contadición específicamente literaria tiene que ver con el pensamiento de su época, en el que todavía no existía un debate sobre la literatura oral. Por eso, sostiene que la literatura indígena o en lenguas nativas no existe y es un proyecto del futuro. A partir del dualismo cultural, Mariátegui llega a conclusiones diferentes con respecto a la cultura y a las identidades nacionales que los representantes de la filología tradicional. Mientras que la teoría de las tres etapas de Auguste Comte confirma la existencia y el desarrollo necesario de las tres, es decir, la teología, la metafísica, y la época positiva, Mariátegui percibe el desarrollo de la humanidad en tres etapas también, pero esas son la colonia, el universalismo y, por fin, una sociedad posrevolucionaria, democrática y, sobre todo, diversa. Es decir, la nación es un proyecto utópico. No es de extrañar el hecho de que Comte, en su visión eurocentrista, no considere el mundo latinoamericano, mientras que Mariátegui, en cambio, adopte una perspectiva decolonial en la que se establecen conflictos, pero también diálogos con respecto al mundo moderno. Eso es bien visible en sus escritos sobre las vanguardias tanto europeas como latinoamericanas (Mariátegui, 1980).

Cornejo Polar, por su parte, desarrolla la tesis del dualismo analizando sobre todo la literatura indigenista. Sus reescrituras

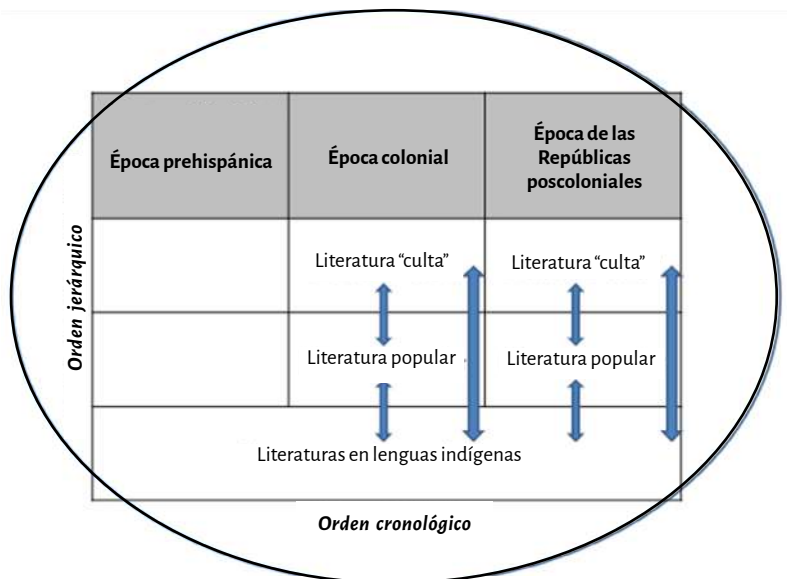
permanentes ilustran el trabajo estricto del filólogo autocrítico. Al mismo tiempo, las interpretaciones de los textos literarios se convierten en una verdadera “teoría del conflicto” (Moraña, 2000). El crítico peruano combina las categorías del sistema y del proceso para mostrar que dependen el uno del otro, y solamente así se entiende porque ese aspecto es –o, mejor dicho, debería ser– crucial para el análisis de la convivialidad literaria especialmente latinoamericana. Déjenme explicarlo brevemente. Comienzo con la noción de proceso y les pido perdón a los filólogos si eso les parece echar agua al mar.

El proceso literario consiste en cuatro niveles o cuatro elementos: la producción, el texto, la recepción y el referente o mundo narrado. La producción incluye al autor, sus circunstancias sociales, pertenencia a ciertas clases, etc. El texto se establece a partir de lecturas y se inserta en una tradición formal, diversos géneros, estructura narrativa, etc. La recepción incluye al mercado de libros, traducciones, agentes literarios, lectores, público de eventos literarios, *and so on*. Y el referente es el mundo narrado, representado en los textos de ficción.

Ahora bien. La innovación en esa descripción del proceso literario tal como la define Cornejo Polar consiste en el hecho de que al menos uno de los elementos o niveles del proceso literario pertenece a otra cultura. Cornejo Polar llama a estas literaturas *heterogéneas* (Cornejo Polar, 1978), dado que en ellas se percibe el dualismo del cual hablaba Mariátegui. En última instancia el proceso de las literaturas heterogéneas es el resultado de la confrontación de dos mundos en la conquista de las Américas.

Otra consecuencia del campo de tensión de la literatura en una sociedad que ha vivido la conquista y todo el proceso histórico colonial y poscolonial es la existencia de varios sistemas literarios en un solo espacio territorial que es la nación. Para explicar el desarrollo complejo de las literaturas heterogéneas, en sus reformulaciones de la teoría de Cornejo Polar, quisiera mostrar el siguiente esquema, que además incluye la crítica a su teoría en varias fases.

Diagrama 1. Totalidad contradictoria, procesos y sistemas literarios



Fuente: Elaboración propia.

Como indico en la ilustración, en el Perú existen básicamente tres sistemas conectados (véanse las flechas). A pesar de que en la década del setenta Cornejo Polar parte de la hipótesis de que son independientes, luego introduce unos cambios. Eso significa que existen puntos de contacto entre diferentes sistemas literarios. En el caso del espacio andino, se trata de tres sistemas básicos: la literatura culta, la literatura popular y las literaturas en lenguas indígenas o nativas. La separación de los sistemas no es absoluta, sino que hay procesos de inter- y transculturación que implican cambios en las estéticas o en las tradiciones formales de sus textos, pero también en las posturas ideológicas de los escritores, sobre todo los indigenistas.

Quisiera dar unos pocos ejemplos para que uno pueda imaginarse de qué se trata. Un elemento característico de las literaturas cultas es el enfoque en la historia de un individuo, sus conflictos personales

y su adecuación a las reglas de la sociedad en que vive. En las literaturas indígenas, en cambio, se destaca la colectividad. En estas se desconoce el género novela, o no se lo emplea. En la literatura culta, sobre todo en la indianista y la indigenista, muchas veces la voz de la colectividad reemplaza la del individuo –lo que es un claro ejemplo de procesos de transculturación en las literaturas heterogéneas. Muchos críticos literarios, en vez de analizar las causas regionales de esos cambios en la estructura narrativa, la juzgan con los criterios supuestamente universales de la tradición literaria europea, y condenan a las novelas como impuras o primitivas (Loveluck ,1972; Vargas Llosa, 1969). Por eso, en otra ocasión he insistido en la necesidad de una regionalización o provincialización de la crítica, la cual debería convertirse, en el mejor de los casos, en lo que he llamado *crítica heterogénea*. Este tipo de crítica funcionaría como un metacomentario en el sentido de Fredric Jameson (1988), pero como un metacomentario transculturado.

Por supuesto, las relaciones entre los distintos sistemas no son iguales, sino jerárquicas, como nuestro también en la ilustración. Allí la línea horizontal indica el proceso histórico, los niveles diacrónico y simultáneo, y además la simultaneidad de lo no simultáneo –noción que es importante sobre todo para la interpretación de literaturas poscoloniales. Finalmente, la ilustración en su conjunto es un indicio de lo que Cornejo Polar denomina *totalidad contradictoria* (Cornejo Polar, 1983), es decir, las relaciones dentro de los procesos, y entre ellos y los sistemas, siempre son conflictivas.

Como vimos, el modelo que ofrece Cornejo Polar para las literaturas heterogéneas y la relación entre sistema y proceso literarios se vuelve cada vez más sofisticado y sobre todo más dinámico. Con razón las primeras formulaciones de este se habían criticado como estáticas, pero a partir de la década de 1980 el crítico mismo reformuló su teoría y más tarde otros –entre ellos Bueno Chávez (2002), García Bedoya (2002), Mazzotti (1999) y Schmidt-Welle (2016)– la han ampliado y abierto para los debates sobre el poscolonialismo y la decolonialidad.

Entender la conexión entre heterogeneidad sociocultural y convivialidad

Pero regresemos por el momento a la noción de la convivialidad literaria *en* los textos literarios. Tomo como ejemplo a la literatura indigenista andina. La estructura básica de la trama de las novelas de ese subgénero desde Clorinda Matto de Turner hasta Ciro Alegría, más o menos, es la siguiente: primero, los indígenas viven en un mundo tranquilo, sin conflictos, idílico, después, vienen los blancos y comienzan los conflictos muy violentos, las guerras y la conquista. El resultado de los conflictos no es solamente la pérdida de la lucha de los indígenas, sino su comprensión –o al menos la de los protagonistas– de la absoluta necesidad de modernización de su sociedad, lo que cambia todas las tradiciones sociales no occidentales.

Por supuesto, estoy hablando de la ficción de la novela. Eso significa también que los/as autores/as de la novela indigenista están a favor de esa modernización, a pesar de su admiración e incluso identificación con la cultura indígena. Muchas veces esa identificación con el mundo andino se construye o representa mediante la inclusión del mismo escritor o escritora en la propia ficción de las novelas, habitualmente a partir de la narración de una niñez entre los indígenas. Las funciones de ese procedimiento son dos: primero, la muestra de la autenticidad de la experiencia andina –y con ella la afirmación de una visión interior del mundo indígena–, y segundo, en el nivel ideológico, la legitimación de la necesidad de modernización ya mencionada. Es decir, en la novela indigenista la convivialidad *en* la literatura tiene fines ideológicos muy concretos. A partir del conocimiento de las culturas indígenas y la experiencia de su vida colectiva, los/as autores/as legitiman sus propias exigencias políticas y representan la otra cultura como si no tuviera voz.

Pero la representación literaria de la convivialidad tiene más que fines ideológicos. Cuando el/la autor/a insiste en su vida diaria con los llamados *otros*, el hecho de representar la convivencia con una

comunidad indígena o un grupo de gauchos en la pampa sirve para mantener una cierta distancia entre autor/a y lector/a, lo que hace que el pacto de lectura comience a mostrar algunas grietas. El/la autor/a toma una postura pedagógica con respecto a su público: ustedes no pueden saber eso, pero yo lo he vivido en carne propia y se los puedo explicar. Esa posición supremacista refuerza su agencia, eleva su importancia para la comunidad o, mejor dicho, las comunidades, tanto étnicas como políticas o sociales.

En última instancia, es precisamente la heterogeneidad social y cultural llevada a la literatura la que explica esa postura, formulada muchas veces desde una perspectiva regional o hasta periférica. El/la escritor/a actúa como agente de ciertos grupos de la sociedad, en su mayoría de clase media, para legitimar sus propios intereses mediante la representación de lo andino en un sentido amplio, y manifestar a la vez su solidaridad con los habitantes de la zona. Más allá de esa cuestión ideológica, muchos/as manifiestan un profundo interés en la otra cultura, aun cuando la perspectiva consiste en modernizarla y seguirla. Es a partir de la heterogeneidad sociocultural básica y el dualismo que menciona Mariátegui que la literatura indigenista gana en complejidad –tanto a nivel estético como a nivel de la estructura literaria y los contenidos– y nuevas perspectivas.

Digresión sobre las particularidades del regionalismo latinoamericano (con algunas hipótesis arriesgadas)

En este apartado me ocupo del regionalismo latinoamericano, en el cual se pueden incluir la novela indigenista, la llamada novela de la tierra, la de la selva, la del noreste del Brasil y la de la Revolución Mexicana, es decir, lo que he denominado *regionalismo clásico* (Schmidt-Welle, 2012). Las vertientes del subgénero tienen en común el hecho de que su perspectiva regionalista es, a grandes rasgos, más simbólica que real. Más que definir el carácter de la región en sí, sirve

como ejemplo de la delimitación de la nación (y, en menor grado, del Estado) y de la construcción de esta.

¿Porqué deberíamos ocuparnos de esta corriente literaria más allá de su existencia como época histórica? Si uno estudia la bibliografía al respecto, podría basarse en los relativamente pocos estudios de los últimos treinta años para llegar a la conclusión de que no hay ningún interés de parte de los críticos literarios en considerar esa literatura como innovadora. Las revoluciones en el este de Europa, sobre todo, han liquidado una literatura que no se pudo separar de su contenido social. Por otra parte, en los últimos años surge un nuevo interés en “lo andino”, que está presente en homenajes a autores clásicos del indigenismo como José María Arguedas o Manuel Scorza y en nuevas ediciones de sus textos. Parece que el público lector tiene interés en el contenido social de las obras, y que el debate académico se refuerza una vez más, tal como indica el creciente número de congresos sobre la temática. Al mismo tiempo renace otra vez la idea “anticuada” de la función social de las artes.

Hay muchas formas de definir el regionalismo, desde varias disciplinas y varias perspectivas. No voy a tratarlas ni resumirlas sino describir brevemente dos de las que utilizo en el presente trabajo.

El primer concepto viene de la Sociología y nace en el contexto de los debates sobre el desarrollo desigual en Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Costis Hadjimichalis (1987) escribió un libro sobre el caso de Grecia en el que resume de manera contundente la relación entre regionalización y regionalismo. El enfoque es simplemente uno de causa y efecto, es decir, para Hadjimichalis el regionalismo es, sobre todo, una respuesta a los procesos de regionalización y marginalización económica y social. Si aplicamos esa respuesta al campo de la literatura, “la presión modernizadora” (Rama, 1985, pp. 71-94) sería la causa de la contestación a la regionalización cultural. El efecto es un énfasis exagerado en lo local y la idealización de la región y sus maravillas culturales.

El segundo concepto trata la región en la literatura. Es descriptivo e inventa varias categorías para distinguir diversas formas de

regionalismo. Estas se han denominado *localistas* y *regionalistas*, para mencionar nomás las corrientes en los dos extremos del panorama de la producción regionalista. Si llevamos a cabo una comparación contrastiva entre la escritura localista y el regionalismo, podemos afirmar que la primera se limita a mostrar los temas y conflictos en el nivel local sin el afán de representar la parte del contexto en otros niveles, por fuera del círculo restringido de los lugareños. El estilo de esa corriente nunca es experimental; la poética es conservadora, la perspectiva es nostálgica en el sentido del anhelo de regresar a los viejos tiempos premodernos. Esa es, a grandes rasgos, la caracterización de lo regional en los textos del regionalismo. Pero, como ya he dicho antes, esta vertiente del regionalismo literario es una entre varias. Existen también textos que no se encuentran al borde del *kitsch*, como las novelas que forman lo que he denominado *regionalismo clásico* (Schmidt-Welle, 2012, pp. 116-117).

Aunque estos/as autores/as no son tan radicales en cuestiones estéticas como los de las “vanguardias históricas” (Bürger, 1974) –que publican paralelamente en el tiempo, entre 1910 y 1930–, introducen algunos elementos nuevos. Hay en estos textos nuevos protagonistas, espacios y lenguajes. Preparan lo que podríamos llamar “el lenguaje popular”, y se difunden entre nuevos lectores, entre ellos, los inmigrantes europeos de la época.

Uno de los aspectos cruciales de esa literatura es la construcción de los espacios. Aunque haya muchas diferencias entre ellos/as, casi todos/as los/as escritores/as tienden a mencionar a la nación como punto de referencia último y decisivo, el cual, incluso en casos de ausencia, limita el espacio o lo convierte en algo indefinible, fuera de lo narrado, un referente invisible.

La región es entonces, más allá de la realidad histórica, un espacio simbólico en que los conflictos narrados cubren y descubren la relación entre nación/cultura nacional y la existencia de diversos sistemas literarios. Sostengo que esa relación es una característica de las culturas poscoloniales o decoloniales en general, aunque se tendrían que considerar las diferencias históricas concretas y los

matices (Schmidt-Welle, 2000). Mantengo además la hipótesis de que el regionalismo literario en América Latina se nutre de las relaciones entre diversos grupos étnicos, que se presentan en los textos como representantes de una convivialidad utópica. Esa convivialidad se construye desde la perspectiva de escritores/as que por lo general pertenecen a una pequeña burguesía que reinterpreta y legitima su rol social y político en la comunidad. De esa reconfiguración de sus demandas de participación política nace una utopía que será crucial para las modernidades posteriores y que está viva hoy en día. Pero la deseada reconciliación de los diversos grupos étnicos y de los modernizadores subcontinente, esa ideología del mestizaje –tan en boga entre las décadas de 1920 y 1970 y entre occidentales y occidentalizados– tiene un punto ciego, un aspecto negado. Se trata del “en vez de”, la exigencia de llegar al poder representando a otros grupos de la sociedad, cuyos derechos se maltratan bajo la licencia de una occidentalización a ultranza que promete una vida mejor al mismo tiempo que niega los valores de otras formas de convivialidad.

Convivialidad literaria y regionalismo

Espero haber probado que existe una noción o un concepto de convivialidad literaria que se puede aplicar al análisis de textos literarios, sobre todo a los que representan la heterogeneidad sociocultural de América Latina. Según mi opinión, existen básicamente tres formas de ella: la convivialidad de los/as escritores/as, la convivialidad *de* la(s) literatura(s) y la convivialidad *en* la literatura.

Eso no significa que la convivialidad literaria sea una teoría o una metodología de análisis. Más bien, se trata de una noción bastante general que sirve para describir formas de tratamiento social. A diferencia de la convivialidad que se analiza en las ciencias sociales, la convivialidad literaria no se apega a la desigualdad económica y social y tampoco niega la relación estrecha entre esos aspectos. La calidad utópica que domina muchos textos ficcionales nos obliga a

distinguir lo político de lo literario, al menos como primer paso de una teorización posible.

Con respecto a la relación entre convivialidad y regionalismo hay que considerar el hecho de que, *grosso modo*, ese último es un regionalismo simbólico, debido a la situación poscolonial en la que la cultura nacional se encuentra en el centro de la atención artística/literaria. En ese contexto, la noción de convivialidad puede servir para definir los espacios, las zonas y escenas de contacto entre grupos que entran en conflicto o, a lo mejor, construyen espacios comunes que permiten formas de un Buen Vivir que se estipulará entre todos. En otras palabras: la literatura tendría la función social de presentir o incluso construir utopías...

Bibliografía

Bueno Chávez, Raúl (2002). Llamado al latinoamericanismo autóctono. El sentido del texto de Guadalajara de Antonio Cornejo Polar. En Friedhelm Schmidt-Welle (coord.), *Antonio Cornejo Polar y los estudios latinoamericanos* (pp. 301-305). Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Ibero-Amerikanisches Institut.

Bürger, Peter (1974). *Theorie der Avantgarde*. Berlín: Suhrkamp.

Cornejo Polar, Antonio (1978). El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 4(7-8), 7-21.

Cornejo Polar, Antonio (1983). La literatura peruana: totalidad contradictoria. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 9(18), 37-50.

Costa, Sérgio (2019). The Neglected Nexus between Conviviality and Inequality. *Mecila Working Paper Series*, (17), 1-20. https://mecila.net/wp-content/uploads/2021/01/WP_17_Sergio_Costa.pdf

Ette, Ottmar (2004). *ÜberLebenswissen. Die Aufgabe der Philologie*. Berlín: Kulturverlag Kadmos.

García Bedoya, Carlos (2002). ¿Un testamento intelectual? Comentario a “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes”. En Friedhelm Schmidt-Welle (coord.), *Antonio Cornejo Polar y los estudios latinoamericanos* (pp. 289-294). Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana/Ibero-Amerikanisches Institut

Hadjimichalis, Costis (1987). *Uneven Development and Regionalism: State, Territory and Class in Southern Europe*. Nueva York: Routledge.

Jameson, Fredric (1988). Metacommentary. En *The Ideologies of Theory. Essays 1971-1986. Volume I: Situations of Theory* (pp. 3-16c). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Loveluck, Juan (1972). Introducción: crisis y renovación de la novela hispanoamericana. En Juan Loveluck (coord.), *La novela hispanoamericana* (pp. 11-31). Santiago de Chile: Editorial Universitaria. [Cuarta edición].

Luhmann, Niklas (1994). *Liebe als Passion. Zur Codierung von Intimität*. Berlín: Suhrkamp.

Mariátegui, José Carlos (1980). *El artista y la época*. Lima: Amauta. [Octava edición].

Mariátegui, José Carlos (1989). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta.

Mazzotti, José Antonio (1999). La evolución crítica de Antonio Cornejo Polar: de San Marcos a Berkeley. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 25(50), 35-39.

McLuhan, Marshall et al. (1967). *The medium is the message. An inventory of effects*. Nueva York: Random House.

Meadows, Donella H. et al. (coords.) (2004). *The Limits to Growth. A Report for the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind*. Nueva York: Chelsea Publishing Co.

Moraña, Mabel (2000). De metáforas y metonimias: Antonio Cornejo Polar en la encrucijada del latinoamericanismo internacional. En Mabel Moraña (coord.), *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales* (pp. 221-229). Santiago de Chile: Cuarto Propio/Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.

Pratt, Mary Louise (2007). *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. Nueva York: Routledge.

Rama, Ángel (1985). *Transculturación narrativa en América Latina*. Madrid: Siglo XXI.

Schmidt-Welle, Friedhelm (2000). Literaturas heterogéneas y alegorías nacionales: ¿paradigmas para las literaturas poscoloniales? *Revista Iberoamericana*, 66(190), 175-185.

Schmidt-Welle, Friedhelm (2012). Regionalismo abstracto y representación simbólica de la nación en la literatura latinoamericana de la región. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 33(130), 115-127.

Schmidt-Welle, Friedhelm (2016). Una filología alternativa desde América Latina: Antonio Cornejo Polar. En S. Ugalde Quintana y Ottmar Ette (coords.), *Políticas y estrategias de la crítica: ideología,*

historia y actores de los estudios literarios (pp. 1-256). Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert

Vargas Llosa, Mario (1969). Novela primitiva y novela de creación en América Latina. *Revista de la Universidad de México*, 23(10), 29-36.